

Improntas neoliberales

Fernando Chávez Solca¹

El neoliberalismo se ha constituido en las últimas décadas, a la vez, como uno de los tópicos más frecuentados por las ciencias sociales y como un término recurrente en nuestra jerga política. Así, se han dado amplias discusiones disciplinares en torno a lo que este vocablo encierra y lo que podemos hacer con ello. Señalando solo algunos de los modos en que dicho concepto ha sido pensado desde estos campos diríamos que se lo ha presentado como un conjunto de decisiones económicas y políticas públicas tendientes al achicamiento del Estado y al beneficio de los capitales concentrados. También se ha dicho que es una ideología vinculada a la primacía del mercado y al individualismo egoísta que nos enfrenta a nuestros conciudadanos. Más audazmente, se ha presentado al neoliberalismo como una suerte de comodín al cual apelar y que permite condensar en una sola palabra el alfa y el omega de buena parte de nuestros problemas socio-políticos de los últimos años. En este sentido, el calificativo neoliberal es una etiqueta que rápidamente se emplea para desacreditar a nuestros adversarios políticos y un mote del que todo dirigente y proyecto intenta escapar en tanto resulta impopular.

En este marco, creemos que valdría la pena detenerse a revisar el concepto, especialmente a la luz de algunas aproximaciones de raíz foucaultea bastante difundidas en el ámbito académico en el último tiempo que nos obligan a pensar de otra manera el asunto. ¿Es efectivamente el neoliberalismo ese monstruo de infinitas cabezas que todos creemos que es? Y más específicamente: ¿es el neoliberalismo sinónimo de privatizaciones, achicamiento del Estado y producción de desigualdad? Vamos por partes. Amparándonos en esta tradición que acabamos de mencionar podríamos proponer al menos tres cuestiones para empezar a responder nuestros interrogantes. Primero, el neoliberalismo más que un conjunto de políticas económicas que se derraman sobre la sociedad desde un centro es una lógica política que se expande reticularmente en una sociedad encarnándose en diversos comportamientos. Esta lógica o racionalidad política consiste fundamentalmente en la expansión de los principios empresariales para planificar, desarrollar y evaluar las decisiones, utilizando al criterio de eficiencia como vara. Entonces, a partir de esto el neoliberalismo ya no se trata simplemente de un conjunto de políticas caracterizadas a priori como tales sino del modo en que las mismas se llevan a cabo; y no se trata de las decisiones que se toman en el Estado sino en la racionalidad misma que le

¹ Becario CONICET. Docente en la UNVM. Programa de Estudios en Teoría Política, CIECS, FCS-UNC y CONICET.

imprimimos a cada uno de nuestros actos en las diferentes áreas de nuestra vida. Segundo, también siguiendo a Foucault en este punto, a diferencia del liberalismo clásico la racionalidad neoliberal entiende que es necesario intervenir para producir las condiciones para que el juego de la oferta y la demanda se realice. En otras palabras, el neoliberalismo no es la retracción del Estado, la no intervención sobre el mercado sino precisamente la intervención para la producción de condiciones para que la competencia se desarrolle. Tercero, y esto se desprende de lo anterior, se trata entonces de quitarle toda carga moral al término y comenzar a pensarlo de forma articulada y simultáneamente en pugna con otras lógicas de construcción política. Grafiquemos algo de lo que estamos indicando en algunos casos de coyuntura para clarificar y observar cómo opera en cada caso.

En el año 2009 la administración de Cristina Fernández de Kirchner impulsó y logró sancionar en el Congreso un proyecto que se conoció popularmente como “ley de medios”. El diagnóstico era que la mayor parte de las señales se encontraban concentradas en un grupo reducido de empresas que virtualmente “monopolizaban” los medios de comunicación. En consecuencia, aquella norma establecía que el espectro radial y televisivo estaría dividido en partes iguales entre medios de administración estatal, medios privados con fines de lucro y medios privados sin fines de lucro. El objetivo apuntaba fundamentalmente a generar las condiciones de igualdad que permitiera una competencia más equitativa entre las partes favoreciendo la diversidad de voces en los medios de comunicación. La forma en que se presentó la medida permitió desnaturalizar un modo en que se encontraba ordenada la comunidad a partir de un discurso que enfatizaba en el avance de derechos y ampliación de las esferas de igualdad. En ese sentido, la “ley de medios” fue vista desde algunas interpretaciones como la antítesis de la pura lógica del mercado y de un modo neoliberal de organizar el mundo. Sin embargo, retomando lo que hemos dicho en el párrafo anterior, creemos que esto no es exactamente así. Por el contrario, puede leerse que hay una impronta típicamente neoliberal que inspira y da forma a la normativa que estamos presentando, en tanto el neoliberalismo no es el retiro del Estado para que el mercado se autoregule espontáneamente sino la intervención (necesaria) para que las condiciones de competencia se produzcan. Así, el Estado interviene para generar un mercado competitivo donde antes se había formado un monopolio. La lógica del mercado no es antagónica a la ley ya que es lo que se busca producir y para ello lo más eficiente resulta distribuir el espectro radiofónico de una manera determinada que permita su reproducción. Ahora bien, también es justo reconocer que la discursividad que opera legitimando al proyecto contamina la lógica neoliberal dotándola de rasgos que le eran ajenos. La defensa de los derechos de la libertad de

expresión (entendida como pluralidad de voces) y la preocupación por la igualdad, producen una hibridización entre las lógicas que evidencia la imposibilidad de posiciones puras y en consecuencia la necesidad de juzgar a los elementos solo en el marco de la gramática que los incluye y les da sentido. La demanda de eficiencia y competencia no desaparece, sino que se encuentra atravesada y resignificada a partir de la preocupación por la diversidad de voces y la pluralidad.

Pensemos un segundo caso, hace algunos meses en el marco del conflicto salarial docente el presidente, Mauricio Macri, lanzó en uno de sus discursos una frase que repercutió fuerte en la opinión pública, contrapuso: “aquel que puede ir a la escuela privada versus aquel que tiene que caer en la escuela pública”. A partir de allí se multiplicaron los análisis que argumentaban sobre el velado deseo privatista del primer mandatario en desmedro de lo público, lo cual lo ubicaba dentro de una matriz neoliberal incuestionable. En base a ello, se suponía que plan del gobierno en tanto neoliberal conducía a la privatización de la educación y al repliegue del Estado frente a un ámbito que dejaba de pertenecerle. Sin embargo, más allá del sincericidio presidencial la privatización de la educación (aún) no ha acontecido (afortunadamente) y creemos que tiene que ver precisamente con lo que venimos insistiendo desde hace algunas líneas atrás. La propuesta neoliberal no apunta a sacar de manera literal a la educación de la órbita estatal, el plan es mucho más sutil pero no por eso menos ambicioso. Privatizar no es que el Estado se retire, sino que significa hacer que la escuela pública funcione como la privada. Significa expandir la lógica de la eficiencia a todos los ámbitos incluso a aquellos que se regían por otros criterios, en este caso, la educación. Es introducir y ampliar la dinámica competitiva del mercado allí a donde no se había dado y gobernaban otras reglas. Por eso, el Estado no se retira, tiene un rol sumamente activo, porque, una vez más, tiene la obligación de generar las condiciones para que ese criterio empresarial surja y se desarrolle incluso en el ámbito de la educación. Para que la educación funcione como si fuese un mercado más. La operación ideológica efectuada por el presidente consiste en situar la competitividad de lo privado como un baremo eficiente que todos debemos reconocer, desear y reproducir. Entonces, el neoliberalismo no se trata de un decálogo de políticas privatizadoras en un sentido literal sino de un modo de ver el mundo, una racionalidad que se nos impone como universalmente válida. Ahora bien, a contramano de lo que aparecía en el primer ejemplo, lo que desaparece aquí es aquella lógica de los derechos y la igualdad que funcionaba como contrapeso discursivo y reinterpretaba la preocupación por la generación de condiciones. Por oposición, lo que sí se detecta en esta y en muchas otras intervenciones oficiales es que la presuposición igualitaria se convierte en un problema sin solución que orada

y pone en cuestión todos los intentos de ampliación de la lógica mercantil y por tal debe ser borrada.

Un tercer ejemplo podría presentarse en torno a la decisión íntima de una pareja al momento de elegir tener hijos o no. ¿Cuáles son las razones por las que la tasa de natalidad viene decreciendo y las parejas deciden tener menos hijos? Los argumentos que justifican esto van desde los altos costos que genera traer un niño al mundo, a las dificultades que produce la necesidad de trastocar las rutinas acostumbradas de los potenciales padres, pasando por la justificación de que todavía no están dadas las condiciones. Estas razones y muchas otras están estructuradas bajo una racionalidad típicamente neoliberal y nos resultan altamente comprensibles e incluso respetables: lógica empresarial –criterio de eficiencia–, necesidad de condiciones adecuadas. En consecuencia, como venimos indicando, el neoliberalismo no es algo que se nos impone desde arriba o desde afuera como un bloque cerrado, es una lógica que los sujetos incorporan para significar prácticas diversas, incluso las más personales, volviéndose un lenguaje cotidiano y tolerable en muchos sentidos.

Resumiendo, lo que estamos intentando proponer es pensar al neoliberalismo ya no como un todo monolítico o un proyecto económico-político específico que puede ser rebatido de una vez y para siempre. Sino como una lógica que permea las prácticas no solo de los actores políticos centrales sino de cada sujeto y que en consecuencia aparece de manera siempre sobredeterminada, encarnándose en los más diversos temas. En otras palabras, hay rasgos neoliberales que forman parte de la retórica de los más amplios espacios políticos, pero también de nuestra cotidianeidad, de nuestro cada día y se conjugan y tensionan con elementos de otras gramáticas dando lugar a construcciones mestizas y discursos novedosos. La argumentación de la eficiencia y la generación de condiciones constituye un elemento disponible para los sujetos a la hora de construir sentidos y legitimar acciones permeando sus discursos sin que pueda ser atribuido con exclusividad a ninguno de ellos. ¿Quiere decir entonces que todos somos igualmente neoliberales y que los programas políticos se vuelven indistinguibles en tanto comparten esos elementos? De ninguna manera, de lo que se trata precisamente es de ser capaces de poder rastrear las diferencias y los entramados particulares que se tejen en cada discurso mostrando las otras lógicas que ponen en tensión la racionalidad neoliberal y cómo se resuelven esas disputas en cada caso otorgando sentido a las prácticas. El neoliberalismo entonces no es ese monstruo que debemos combatir frontalmente y con la pretensión de desterrarlo, sino una gramática disponible que puede ser retomada pero al calor de otras improntas.